

Benelli, fuerte trágico, no toma a lo serio su obra. Le gustan los versos, y ante el misterio que encierra la dificultad insuperada de un endecasílabo perfecto, pospone las tragedias que gritan sus muñecos. Pero la vida lo seduce. Se aparta de ella, vive retirado en Liguria en su castillo de Zoagli, pero no se olvida que cada año llamea en todas las almas y de sus obras quiere con cariño indisimulable su *Santa Primavera*. Afirmación de vida de uno que se retira de ella, para estudiarla, para comentarla, para enaltecerla por boca de sus desfallecidos y trágicos histriones.

Y así casi todos. Borghese, estudioso incansable; Chiarelli, a quien las nuevas formas de técnica teatral le sirven de magnífica bambalina para ocultar su escaso y mediocre fondo espiritual; Marinetti, apóstol futurista y hoy día—¡horror!—académico y miliciano de la dictadura mussolinesca; Rosso di San Secondo, sentimental, refinado y elegante; Panzini, muerto recientemente, positivo y exacto como naturalista novelero. Y por sobre los citados y otros muchos que dejaremos en el tintero, las figuras más conocidas: Da Verona, gesticulando en un océano de modistillas, de arrebatos de alcoba y de cursilería violeta, y Ada Negri, serena, grandilocuente en su humildad y modestia, y para quien la gloria literaria ha tenido en más de una ocasión una sonrisa de placentera complicidad.

A todos los observa, los entrevista, los retrata el incansable y discreto Lanocita. Y sin una nota personal,

con un estilo rápido, descarnado y fulgurante a ratos, nos da una obra «macedónica», de muchos autores a los que ha tratado a fondo, y que casi siempre, observación inevitable, aparecen como consagrados hombres de letras, ante la curiosidad de los lectores.

El libro es curioso y entretenido. Y rarísimo de conseguir. Nos lo ha facilitado, con su gentileza habitual, un amigo correteador en Europa de novedades y profundizador de estudios, a quien debemos más de un conocimiento nuevo.—*Abel Valdés A.*

PSICOLOGIA

EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA,
por Søren Kierkegaard.

Débase a don José Gaos la versión española de esta obra de Kierkegaard (1), de la cual anticipó algunas páginas la *Revista de Occidente*. Publicada en 1844, su genuina incorporación a nuestra lengua estaba reservada a esa magnífica empresa de cultura dirigida por Ortega y Gasset.

Según advierte el presente volumen, la primera edición de Copenhague, suscrita por Virgilius Haufniensis, se definía en la portada como «simple investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original». Pero se entra en la mente y en la sensibilidad universales de Kierkegaard y los límites especiales quedan a la

(1) Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1930.

vez reconocidos y rebasados. Son cinco capítulos rigurosos, hondos y dramáticos en los que el teólogo de Copenhague deja ver a menudo al hijo melancólico de Miguel Kierkegaard, especie de Pascal protestante, como se ha dicho, enamorado para siempre de Regina Olsen.

Es imposible renunciar a la evocación humana de Sören, este grave y a la vez irónico investigador de la angustia. Hijo de Miguel Kierkegaard, sexagenario, era de enfermiza constitución y ánimo triste. El mismo cuenta que su padre, mirándolo, solía decirle: ¡«Pobre niño. Tú vives en una muda desesperación!» Padre e hijo se creían recíprocamente causantes de su dolor. Sören descubre un día el secreto paterno. Miguel fué a los doce años pastor de ganados en Jutlandia. Cierta vez ascendió a una colina, maldijo su suerte y blasfemó contra Dios que dejaba sufrir tanto a un pobre niño sin socorrerlo. Poco más tarde, Miguel disfrutó la prosperidad y, sobrecogido, reconoció en ello un milagro. Un temor supersticioso se apoderó de su alma y la llenó de congoja para el resto de su vida. Luego vió en la misteriosa pesadumbre de su hijo la manifestación de un justo castigo divino.

El descubrimiento hecho por Sören, debido a unos momentos de semi-ebriedad de su padre, hizo aumentar su respeto por las creen-

cias religiosas en que éste le había educado. Además, Miguel poseía imaginación animada y talento dialéctico. En sus paseos enseñó a Sören a observar y analizar de manera que podría llamarse socrática. A su vez, el hijo estaba dotado de cierta gracia mordaz, de una ironía que se acentuó en su labor filosófica y que le preocupó en su primer trabajo. La tesis con que resolvió su examen de teología fué: «Sobre el concepto de la ironía considerada siempre en relación con Sócrates».

Antes de 1840, Kierkegaard se queja de esterilidad. Aquel año se enamora y compromete con Regina Olsen, pero su melancolía y su naturaleza enfermiza lo apartan, a su juicio, del mundo. Renuncia a ella y desde entonces la idealiza. La imagen delicada de la novia aparece y reaparece en toda su obra, de cuya mayor fecundidad se diría que es ella el recóndito secreto.

El concepto de la angustia representa un aspecto harto determinado en la obra total de Kierkegaard. Esta totalidad podría resumirse, con Brandes, notando que, mientras todos los contemporáneos de Kierkegaard habrían ido a refugiarse en el molde anónimo del fundidor de almas que Ibsen animaría en *Peer Gynt*, Sören busca la salvación en el individuo, en «el único», y arriba de esta suerte a «un nuevo continente moral».—R. C. M.